

ALBERTO REX GONZÁLEZ

Ana María Lorandi*



Jornadas de homenaje en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 1994. Foto gentileza del Proyecto *Archivo Digital Dr. Alberto Rex González* (Convenio CONICET- Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, UBA - Familia González)”

Alberto Rex González falleció el 28 de marzo de 2012, a los 94 años. Pionero de la arqueología científica en el país, pudo trascender las barreras de la academia gracias al profundo sentido social e histórico que imprimió a sus investigaciones y a su militancia en defensa del patrimonio cultural de los pueblos originarios. Fue un hombre apasionadamente comprometido con su profesión hasta sus últimos días. Su obra es inmensa, pues abrió las puertas de las más variadas problemáticas y fue un activo formador de discípulos que hoy se esparcen por todos los rincones del país y del exterior.

No es tarea fácil escribir sobre un gran maestro con el que me unió una relación tan estrecha; por ello voy a hacer un ejercicio de memoria sobre aquellos años de la década del 1950, cuando formó su primer equipo de estudiantes arqueólogos. Sin duda, también resulta difícil poner distancia objetiva sobre una personalidad tan compleja como la de Alberto Rex González. Para sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario¹ fue una figura gigantesca que nos marcó profundamente por su docencia carismática. El profesor de Historia Carmelo Busaniche decía irónicamente que Rex González era “El doctor doctor”, o sea, el doctor por exce-

lencia, por nuestra actitud reverencial hacia él. Por cierto, González nos enseñó a hacer ciencia, nos permitió asomarnos al mundo fascinante de la Antropología revisando su pasado a través de

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Sección Etnohistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
E-mail: anamariadorandi@gmail.com

la arqueología. A muchos de nosotros nos permitió conocer por primera vez a los campesinos del noroeste, incluso a los campesinos soldados provenientes del regimiento de Catamarca y que nos ayudaron en la primera excavación en El Alamito en el año 1957. Imposible pasar por todas esas experiencias sin conmoverse cuando uno tiene apenas veinte años.

Uno de los rasgos que más recuerdo de la docencia de Rex –todos los llamábamos así– fue su capacidad para organizar un equipo. Aprendimos a valorar el trabajo en equipo y, en la medida de lo posible, lo he reproducido en mi vida profesional. Además, participar –siendo tan jóvenes e inexpertos– en una campaña científica nos brindó la ilusión de que ya éramos verdaderos profesionales. Rex tuvo la virtud de hacernos sentir importantes. Cuando Víctor Núñez Regueiro organizó la *Primera Convención Nacional de Antropología* en el año 1964 en Córdoba, en la que participaron los arqueólogos más importantes de esa época, los rosarinos descubrimos con sorpresa que todos conocían nuestra existencia y admitieron que participáramos en el mismo nivel profesional. Con el tiempo comprendí que ese reconocimiento era obra de la prédica de Rex elogiando a sus alumnos rosarinos.

De todas maneras, nada se desenvuelve sin conflictos en nuestro medio académico. Algunos colegas aceptaron a regañadientes que una empresa de mi pueblo natal, La Helvética, de Cañada de Gómez, financiara las dos campañas del Instituto de Antropología de Rosario a El Alamito en 1957 y en 1958. Eran tiempos en que se discutía la participación de la Fundación Ford en los proyectos de investigación social en América Latina y, en particular, en la Argentina. Cuando Rex partió hacia los EEUU y lo reemplazó Eduardo Mario Cigliano, aquellos que se avergonzaban de haber aceptado financiación privada (aunque La Helvética jamás solicitó un reconocimiento explícito) mostraron su descontento y provocaron una primera fisura en el equipo. Estas disidencias quedaron al desnudo sin medir la diferencia entre una empresa de capital exclusivamente local y una multinacional que estaba en el origen de la Fundación Ford.

Y también quedaron al desnudo las diferencias entre uno y otro profesor. Habíamos considerado a Cigliano como un discípulo de Rex, ya que parecían tener una relación muy estrecha entre ellos. Cigliano, a su vez, creyó que dirigiría a gente de formación más amplia en la cual apoyarse; en consecuencia, ambos nos desilusionamos cuando descubrimos nuestras mutuas limitaciones. Como lo expresan Bonin y Serrano (2011: 52), en realidad Cigliano era discípulo de Márquez Miranda, a quien Rex González criticaba duramente por el enfoque metodológico utilizado y con quien mantenía una prolongada disputa.

Si analizamos desde el presente las tensiones del pequeño grupo rosarino de esa época, ellas encuadran muy bien en el tipo de conflictos que Rex tuvo que afrontar para imponer pautas científicas en la práctica arqueológica, tal como lo analizan Mirta Bonnin y Germán Soprano en su reciente artículo de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVI* (2011). Los vínculos profesionales, políticos y personales estaban estrechamente entrelazados y cualquier análisis parcial es incompetente para dar cuenta de la forma en que transcurría la vida profesional en esa época (¿sólo en esa época?). Pero sin duda, a lo largo de los años y a medida que aumentaba el prestigio nacional e internacional de Rex González, se delimitaron más nítidamente también los perfiles profesionales y políticos del resto de los arqueólogos y antropólogos argentinos o que vivían en Argentina.

Entre 1954 y 1957, los rosarinos hicimos varios viajes a Buenos Aires y La Plata con el propósito de revisar colecciones –y/o de participar de algunas jornadas científicas–, y todavía en esa época compartíamos almuerzos o cenas con algunos de los antropólogos o arqueólogos que posteriormente se enfrentaron con Rex. Llegó un momento en que la convivencia se desmoronó entre los miembros de esa generación y “pertenecer” a uno u otro grupo identificaba el perfil profesional de sus respectivos discípulos. Incluso, algunos arqueólogos de una generación intermedia, como Pedro Krapovickas, debieron tomar a veces “incómodas” decisiones. Como lo dicen Bonnin y Soprano, los factores personales, profesionales y los políticos se cruzaron para delimitar la participación en uno u otro grupo, y cada uno debió tomar su propia decisión

al respecto. Se generó así un antagonismo –más fuerte entre antropólogos sociales que entre los arqueólogos– continuamente magnificado y teñido por la filiación política e ideológica². Hubo períodos en que se trazaron fronteras muy definidas pero, por cierto, en los últimos años, el prestigio científico de Rex fue adquiriendo una dimensión tan relevante que cualquier faccionalismo vinculado a esas viejas disputas (al menos entre arqueólogos) perdió significación (aunque tal vez surgieron nuevas líneas de identificación y conflicto).

La huella científica y humana que ha dejado Rex González será indeleble. Más allá de los resultados específicos de sus investigaciones, en sí mismos de gran significación, su aporte más importante fue considerar a la arqueología como una de las Ciencias del Hombre y demostrar el potencial del método científico para descubrir la esencia cultural de la humanidad a través de sus obras materiales. “Detrás de cada piedra hay un hombre”, nos decía en Rosario al principio de esta historia, al tiempo que nos convencía de que éramos brillantes aprendices de científicos.

NOTAS

- ¹ Ingresó como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral en 1952 y en 1956 o 1957 concursó las cátedras de Arqueología y Prehistoria Americana y Antropología Cultural, siendo José Luis Romero uno de sus jurados.
- ² Fue un tema recurrente en los paneles organizados en 2009 para conmemorar los *50 años de la Carrera de Antropología* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

Bonnin, M. y G. Soprano

2011. Antropólogos y antropología en las universidades nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno al liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVI: 37-60.